La verdad histórica de los Evangelios

Comisión Pontificia para Estudios Bíblicos (Roma, 21 abril 1964)

«Cristo escogió a los discípulos (cfr. Mc 3, 14; Lc 6, 13), que lo siguieron desde el comienzo (cfr. Lc 1, 2; Hch 1, 21-22), vieron sus obras, oyeron sus palabras y pudieron así ser testigos de su vida y de su enseñanza (cfr. Lc 24, 48; Hch 1, 8; 10, 39; 13, 31; Jn 15, 27). El Señor, al exponer de viva voz su doctrina, siguió las formas de pensamiento y expresión entonces en uso, adaptándose a la mentalidad de sus oyentes, haciendo que cuanto les enseñaba se grabara firmemente en su mente, pudiera ser retenido con facilidad por los discípulos. Los cuales comprendieron bien los milagros y los demás acontecimientos de la vida de Cristo como hechos realizados y dispuestos con el fin de mover a la fe en Cristo y hacer abrazar con la fe el mensaje de salvación.

Los apóstoles anunciaron ante todo la muerte y la resurrección del Señor, dando testimonio de Cristo (cfr. Lc 24, 44-48; Hch 2, 32; 3, 15; 5, 30-32), exponían fielmente su vida, repetían sus palabras (cfr. Hch 10, 36-41), teniendo presente en su predicación las exigencias de los diversos oyentes (cfr. Hch 13,16-41 con Hch 17, 22-31).

Después que Cristo resucitó de entre los muertos y su divinidad se manifestó de forma clara (Hch 2, 36; Jn 20, 28), la fe no solo no les hizo olvidar el recuerdo de los acontecimientos, antes lo consolidó, pues esa fe se fundaba en lo que Cristo les había realizado y enseñado (Hch, 2, 22; 10, 37-39). Por el culto con que luego los discípulos honraron a Cristo, como Señor e Hijo de Dios, no se verificó una

transformación Suya en persona "mítica", ni una deformación de su enseñanza. No se puede negar, sin embargo, que los apóstoles presentaron a sus oyentes los auténticos dichos de Cristo y los acontecimientos de su vida con aquella más plena inteligencia que gozaron (cfr. Jn 2, 22; 12, 16; 11, 51-52; 14, 26; 16, 12-13; 7, 39) a continuación de los acontecimientos gloriosos de Cristo y por la iluminación del Espíritu de Verdad (cfr. Jn 14, 26; 16, 13). De aquí se deduce que, como el mismo Cristo después de su resurrección les interpretaba (Lc 24, 27) tanto las palabras del Antiguo Testamento como las Suyas propias (cfr. Lc 24, 44-45; Hch 1, 3), de esta forma ellos explicaron sus hechos y palabras de acuerdo con las exigencias de sus oyentes. "Asiduos en el ministerio de la palabra" (Hch 6, 4), predicaron con formas de expresión adaptadas a su fin específico y a la mentalidad de sus oyentes (1 Cor 9, 19.23), pues eran "deudores de griegos y bárbaros, sabios e ignorantes" (Rm 1, 14).

Se pueden, pues, distinguir en la predicación que tenía por tema a Cristo: catequesis, narraciones, testimonios, himnos, doxologías, oraciones y otras formas literarias semejantes, que aparecen en la Sagrada Escritura y que estaban en uso entre los hombres de aquel tiempo.

Esta instrucción primitiva hecha primero oralmente y luego puesta por escrito —de hecho muchos se dedicaron a "ordenar la narración de los hechos" (cfr. Lc 1, 1) que se referían a Jesús— los autores sagrados la consignaron en los cuatro Evangelios para bien de la Iglesia, con un método correspondiente al fin que cada uno se proponía. Escogieron algunas cosas; otras las sintetizaron; desarrollaron algunos elementos mirando la situación de cada una de las iglesias, buscando por todos los medios que los lectores conocieran el fundamento de cuanto se les enseñaba (cfr. Lc 1, 4).

Verdaderamente de todo el material que disponían los hagiógrafos escogieron particularmente lo que era adaptado a las diversas condiciones de los fieles y al fin que se proponían, narrándolo para salir al paso de aquellas condiciones y de aquel fin. Pero, dependiendo el sentido de un enunciado del contexto, cuando los evangelistas al referir los dichos y hechos del Salvador presentan contextos diversos, hay que pensar que lo hicieron por utilidad de sus lectores.

Verdaderamente no va contra la verdad de la narración el hecho de que los evangelistas refieran los dichos y hechos del Señor en orden diverso y expresen sus dichos no a la letra, sino con una cierta diversidad, conservando su sentido».